

Entrevista

Yael aviso era raro.

Camarera se busca. C/S experiencia. Uniforme obligatorio. Discapacidad física imprescindible.

Me presenté porque no podía convencerme de que había leído bien.

Hay que decir que con un ojo y una pierna menos las ofertas de trabajo no abundan.

Hay que decir también que los perversos que te pagan por cogerte cada vez son menos.

Me enredé con la bombacha en el baño, aunque por suerte la tipa que tomaba las entrevistas parecía tener todo el tiempo del mundo.

Si tengo que contar lo primero que me pasó por la cabeza tengo que decir que la dueña me pareció una delirante.

¿Quién iba a querer frecuentar un bar en donde las camareras son todas lisiadas y en donde ni siquiera existe el plus de garchárselas?

Me equivoqué. Resultó una visionaria la dueña.

Mientras me explicaba el concepto y las reglas de la casa, yo trataba de hacer foco en la taza de café que me habían puesto delante.

El día que me fue el turno me acordé de un cuento de la infancia que me había leído una vez.

El día que me fue el turno

Mediodía de un sábado frío. Hora vacía en el Congreso. Adentro, un hombre frente a papeles atrasados. Se sobresalta. Le parece ver una llamada. Es.

El fuego rápidamente crece, se extiende, amenaza. Tambaleante, manoteando algún objeto, intenta salir. Ya no ve colores a su alrededor. Ni bordes precisos en los muebles. Todo está cubierto por un velo grisáceo de humo desde el suelo hasta el techo.

Abajo, no cesan de reunirse manifestantes. Son miles. Instalan tiendas. Las equipan para quedarse algunos días. No saben cuántos. El lunes se verá qué pasa.

Entre ellos, un grupo de escritores busca un sitio para acampar. Llevan sobre su pecho el mismo dibujo: una especie de carrete de hilo en forma de estrella plana. Vienen de probar en otros lugares que no los han conformado. Si regresan al espacio que anteriormente les pareció adecuado, ya no existe.

Arriba, el hombre tiene una sed profunda, áspera, hiriente. Piensa en vino fuerte. En el granate del vino de la noche que en cada trago se abría como una burbuja densa ante sus ojos, llenaba su boca, lamía su garganta. Recuerda una alegría, la ve pasar frente a su cara como una certeza nocturna. Quiere avanzar pero las paredes

lo cubren con una pintura que se resaca.

Es un sábado frío. Hora vacía en el Congreso.

Adentro, un hombre frente a papeles atrasados.

Domicilio Desconocido

OADRADK — 134

Entrevista

Yael aviso era raro.

Camarera se busca. C/S experiencia. Uniforme obligatorio. Discapacidad física imprescindible.

Me presenté porque no podía convencerme de que había leído bien.

Hay que decir que con un ojo y una pierna menos las ofertas de trabajo no abundan.

Hay que decir también que los perversos que te pagan por cogerte cada vez son menos.

Me enredé con la bombacha en el baño, aunque por suerte la tipa que tomaba las entrevistas parecía tener todo el tiempo del mundo.

Si tengo que contar lo primero que me pasó por la cabeza tengo que decir que la dueña me pareció una delirante.

¿Quién iba a querer frecuentar un bar en donde las camareras son todas lisiadas y en donde ni siquiera existe el plus de garchárselas?

Me equivoqué. Resultó una visionaria la dueña.

Mientras me explicaba el concepto y las reglas de la casa, yo trataba de hacer foco en la taza de café que me habían puesto delante.

El día que me fue el turno me acordé de un cuento de la infancia que me había leído una vez.

El día que me fue el turno

Mediodía de un sábado frío. Hora vacía en el Congreso. Adentro, un hombre frente a papeles atrasados. Se sobresalta. Le parece ver una llamada. Es.

El fuego rápidamente crece, se extiende, amenaza. Tambaleante, manoteando algún objeto, intenta salir. Ya no ve colores a su alrededor. Ni bordes precisos en los muebles. Todo está cubierto por un velo grisáceo de humo desde el suelo hasta el techo.

Abajo, no cesan de reunirse manifestantes. Son miles. Instalan tiendas. Las equipan para quedarse algunos días. No saben cuántos. El lunes se verá qué pasa.

Entre ellos, un grupo de escritores busca un sitio para acampar. Llevan sobre su pecho el mismo dibujo: una especie de carrete de hilo en forma de estrella plana. Vienen de probar en otros lugares que no los han conformado. Si regresan al espacio que anteriormente les pareció adecuado, ya no existe.

Arriba, el hombre tiene una sed profunda, áspera, hiriente. Piensa en vino fuerte. En el granate del vino de la noche que en cada trago se abría como una burbuja densa ante sus ojos, llenaba su boca, lamía su garganta. Recuerda una alegría, la ve pasar frente a su cara como una certeza nocturna. Quiere avanzar pero las paredes

lo cubren con una pintura que se resaca.

Es un sábado frío. Hora vacía en el Congreso.

Adentro, un hombre frente a papeles atrasados.

Domicilio Desconocido

ODRADEK — 134

Entrevista

No le importaba mucho cómo había sido el accidente, pero sí asegurarse de que no planeaba ninguna cirugía ni prótesis, ni nada por el estilo.

-Vos me entendés. Hay muchas que vienen y después juntan unos mangos y se van derecho al quirófano. Todo bien, pero a mí me caga el negocio. ¿Entendés?

-Perfectamente.

-El contrato es por un año, todo legal, cobertura médica, ART y aguinaldo completo.

-¿Cuándo empiezo?

-¿Podés esta noche?

Cuando está por empezar mi turno me miro por última vez al espejo. Parezco una vampiresa porno salida de una película de terror. Me dieron un conjunto de seda rojo, arreglado para que no tuviese que atar el sobrante de la pierna que falta. Llevo un liguero, medias de red, y unas botas de látex con tacos de veinte centímetros. Mejor dicho, una bota. La otra la dejo prolijamente acomodada en mi casillero del vestuario.

Tomo aire, me acomodo el pelo, y salgo a enfrentar a mi primer cliente. Me cuenta que viene de una de las carpas de la plaza. Lleva una campera de cuero que parece cara, con un prendedor que dice “todos somos el campo”.

—¿Me gusta? —Pasa la mano por el hombro, el cuello, me mira de arriba abajo.

—¿Me gusta? —Pasa la mano por el hombro, el cuello, me mira de arriba abajo.

Adrián DRUT

calientes lo expulsan, lastiman sus manos, queman sus brazos, golpean su cuerpo.

Finalmente los escritores eligen la vereda del edificio. Un espacio entre dos columnas, una tira ascendente de ventanas. Allí está bien. Despliegan lonas sobre una estructura metálica. Miran hacia arriba. Los bajorrelieves.

El hombre, casi ahogado, llega hasta la ventana.

Afuera, la plaza reverdece con cánticos y carteles. Por allí dice, con letras grandes y negras: “Que destapen la olla o que bajen el fuego”.

El fuego. La ventana. Se trava por el calor. No abre.

Se oye un estallido de vidrios. Bocinas. El estruendo de un curioso incrustándose en El Molino. El aullido del motor de un colectivo subiendo por la calzada húmeda. El chasquido de un portarretrato de plata con la foto de una mujer cayendo sobre un escritorio. Y el bullicio de una gran familia de palomas que justo, en ese momento, resuelve mudarse de balcón.

—¿Me gusta? —Pasa la mano por el hombro, el cuello, me mira de arriba abajo.

Nora MARTINEZ

Domicilio Desconocido

ODRADEK — 134

Las cosas por su nombre

Martita arma la carpa con gran precisión. Y uno se pregunta: ¿cómo puede ser que Martita arme una carpa? Trata (uno) de imaginar la escena. La carpa, un campo al fondo, el travesaño, el sobretecho. Hasta ahí todo bien. El problema es imaginársela a ella, a Martita, sin ponerle la cara de una tía vieja, de alguna vecina arruinada, de un personaje de un libro de texto antiguo. Y esa Martita, esa que imaginamos, bien puede amasar la masa pero nunca (jamás) armar una carpa.

Pero bueno, la cosa es así: Martita arma la carpa con gran precisión. Vaya usted imaginando.

Ahora la historia se complica, porque unos metros más allá, Esther prende la laptop. Momento, piensa uno, Esther y laptop son dos conceptos inasociables. Si bien suena bastante lógico que

—¿Me gusta? —Pasa la mano por el hombro, el cuello, me mira de arriba abajo.

—¿Me gusta? —Pasa la mano por el hombro, el cuello, me mira de arriba abajo.

—¿Me gusta? —Pasa la mano por el hombro, el cuello, me mira de arriba abajo.

Cuando el envés de las palomas no se veía como siempre, en el vidrio de la cúpula en el techo, sino que se veía como si las nubes aletearan como mariposas, escuché el grito: ¡Mariana! Se escuchó con una voz de desesperación que se soltó sin red sobre el mar de niños y adultos. Todos hicimos un gesto sincrónico de estrechar el niño propio. Se había perdido una niña y la madre desesperada corría a los gritos, con un aullido que no parecía una voz, sino un sonido como de espuma de barro, un graznido: ¡Mariana! ¡Mariana!, gritaba.

Yo estrujé al niño, y con ese contacto sentí el corazón como un cristal que se podía romper. El niño no dijo ni hizo nada. Mis dedos se quedaron agarrados a él, como si quisieran plantar raíces, no era capaz de soltarlo aunque vi varios guardias vestidos de azul con radios en las manos recorriendo los rincones del Shopping, caminando entre la gente, poniéndose en movimiento instantáneo buscando a la niña perdida.

—¿Me gusta? —Pasa la mano por el hombro, el cuello, me mira de arriba abajo.

—¿Me gusta? —Pasa la mano por el hombro, el cuello, me mira de arriba abajo.

—¿Me gusta? —Pasa la mano por el hombro, el cuello, me mira de arriba abajo.

—¿Me gusta? —Pasa la mano por el hombro, el cuello, me mira de arriba abajo.

—¿Me gusta? —Pasa la mano por el hombro, el cuello, me mira de arriba abajo.

Pasamos mucho frío en las noches del sur. Cuando se rompió el cierre de la carpa tuvimos que empezar a cerrar con broches, hasta que conseguimos alfileres de gancho y la cosa mejoró. El mosquitero funcionaba bien, pero no tapaba el frío. Por eso usamos los alfileres para clausurar, en lo posible, la entrada. Era la misma carpa que había llevado, unos días antes, a Ostende. Con el Ponchi fuimos a Ostende. Con Majita, a Pirámides. Una tarde, el Ponchi y dos de los amigos que se hizo en la playa, se metieron en nuestra carpa para conversar. El cierre estaba bien, todavía. Yo me quedé cerca, afuera, acostado en la bolsa de dormir, con el cuaderno. Quería escribir pero no pude evitar escucharlos. Hablaban de sexo. Así dijo Ángel, uno de los chicos: hablemos de sexo. Y empezaron a contar historias ridículas, cada uno a su manera, historias donde diferentes chicas se ocupaban de ellos. No puedo ser muy explícito porque él se enoja mucho y fue terminante conmigo. Me pidió que dejara de escribir estas cosas. Que lo averguenzo, me dijo. Yo traté de hablarle de la autoficción, de la vuelta a la figura de autor, le conté que hay varias corrientes teóricas que piensan la cuestión: parece que ahora el autor existe,

Domicilio Desconocido

ODRADEK — 134

Las cosas por su nombre

Martita y Esther estén juntas, ninguna de ellas fue concebida para armar nada que no sea una cama ni prender algo más allá de la radio o una hornalla. Porque Martita y Esther, históricamente, han venido representando lo peor de la feminidad. Pero estas dos, esta Martita y esta Esther, pretenden reivindicar algo. Martita y Esther arman carpas y prenden laptops. ¡Uhaaaauu!¡Qué grosso! Y es muy probable que lo felicite, Martita, icómo se conecta con la naturaleza! Y usted Esther, qué bárbara, tan digitalizada. Pero le advierto, Esther, que en este campamento no hay Wi-Fi. Además, se vienen unos nubarrones fenomenales y Martita no termina de clavar las estacas. En fin, al menos hicieron el esfuerzo.

Yanina BOUCHE

—¿Me gusta? —Pasa la mano por el hombro, el cuello, me mira de arriba abajo.

—¿Me gusta? —Pasa la mano por el hombro, el cuello, me mira de arriba abajo.

—¿Me gusta? —Pasa la mano por el hombro, el cuello, me mira de arriba abajo.

9 de julio

En ese momento se escuchó otro grito: ¡Nieve! Dijo el grito. Pegada al niño me acerqué a la baranda para ver en la puerta lo que, en el techo, se vio como un lienzo blanco.

En ese momento se escuchó otro grito: ¡Nieve! Dijo el grito.

Decidí irme de allí y volver con el niño a casa, lo arrastré hacia fuera.

Cuando estuve a una cuadra, miré al niño y vi cómo recogía copos de nieve con la mano desnuda y me detuve por un segundo a mirarle la sonrisa, la cabecita un poco blanca, un cuerpo que me seguía, pero que en el níquel de los ojos tenía el reflejo de Salgari, de Verne, de Dumas, de.

Ana ABREGÚ

—¿Me gusta? —Pasa la mano por el hombro, el cuello, me mira de arriba abajo.

—¿Me gusta? —Pasa la mano por el hombro, el cuello, me mira de arriba abajo.

—¿Me gusta? —Pasa la mano por el hombro, el cuello, me mira de arriba abajo.

no como antes, cuando algunos franceses lo mataron. Le dije todo eso y me respondió que dejara de hablar boludeces. Te prohíbo escribir sobre mí, me dijo.

Majita está al tanto de las novedades de la teoría literaria. De hecho acaba de cursar Teoría y Análisis, en Puán, y le quedó un ocho. Se pasó todo el cuatrimestre hablándome de los formalistas rusos. Hace un año que estamos juntos, Majita y yo, por eso el tatuaje -nos tatuamos un anillo-. Está armado con líneas curvas y una especie de triángulo chiquito en el medio. Me gusta verme el dedo y saber que ella también se mira el dedo, no sé si al mismo tiempo que yo, pero cuando estamos juntos sí, hay momentos en que coincidimos. Veo esas marcas grises, ahí, para siempre.

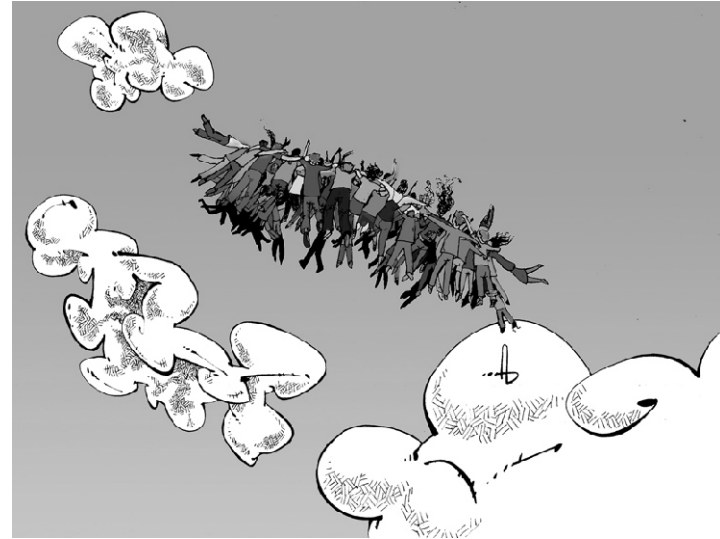
Voy a tirar la carpa, ya lo tengo decidido. Termino de escribir este relato y la tiro. Además del cierre, tiene mal el piso. Un tajo profundo y largo, tiene.

Ariel BERMANI

Las nubes de Vijonte

Llegué temprano a la cita en la casa de Vijonte. Su esposa (notablemente más joven que él) me recibió y se encargó de que la mucama me atendiera de la mejor manera posible. A los quince minutos entró Omar Vijonte, con su elegancia característica. Tras un breve saludo se sirvió un poco de soda con limón ("al mediodía no chupo yo" me explicó) y arrancamos la nota.

El motivo de mi visita era charlar sobre su nueva obra de teatro, una osada puesta en escena de "Las nubes" de Aristófanes. En la versión de Vijonte, Fidípides es un joven mal criado, vicioso y jugador que dilapidó el dinero de la familia, hasta que su padre, Estrepsiades, queda endeudado y no tiene forma de pagar a los acreedores. Entonces se le ocurre la idea de mandar a su hijo a "El Garchadero", una especie de academia en la cual el maestro Sódape enseña a sus estudiantes los más variados secretos amorosos a cambio de dinero. La idea de Estrepsiades es que su hijo se convierta en un gran amante y que al egresar de la escuela logre liberarlo de su deuda teniendo relaciones con sus acreedores (en esta versión, un amanerado prestamista y una cincuentona entrada en kilos). Fidípides no acepta la propuesta del padre, por lo que, para no perder la matrícula que ya había pagado, es Estrepsiades quien asiste a la escuela.



"Torta de abrazo" - Agustín BOBILLO

-¿Alguien en particular?

-No, todos. Son todos una manga de forros. A lo mejor yo no habré leído a ciertos autores en sus idiomas originales, pero seguro que ninguno de ellos se enfiestó nunca con dos gemelas dominicanas como yo. Y no los discrimino por eso -siguió.

Moby Dick

De Herman Melville

Pueden Ustedes llamarme Ismael. Hace algunos años -no importa cuántos, exactamente-, con poco o ningún dinero en mi billetera y nada en particular que me interesara en tierra, pensé en darme al mar y ver la parte líquida del mundo.

Con la idea de emplearme en un ballenero metí una o dos camisas en mi raído bolso de viaje, lo sujeté bajo el brazo y partí hacia el Cabo de Hornos y el Pacífico. Dejé la buena ciudad de los antiguos manhattos y, según lo previsto, llegué a Nueva Bedford la noche de un sábado de diciembre.

Me vi obligado a pasar la noche en Nueva Bedford donde compartí el cuarto en la Posada El Chorro de la Ballena con un individuo de rostro color oscuro, púrpura, amarillento, con grandes parches negruzcos aquí y allá. Se llamaba Queequeg y resultó ser un arponero dispuesto también a embarcarse en un ballenero.

Al día siguiente hicimos la travesía a Nantucket. ¡Nantucket! Tomen ustedes su mapa y busquen la isla. Observen cuál es la parte del mundo que ocupa: está lejos de la costa, más solitaria que el faro de Eddystone. Mírenla: una simple colina, un codo de arena, toda playa sin transfondo. Hay allí más arena que la que podrían usar ustedes en veinte años para

-¿Cómo se le ocurrió la adaptación de este clásico?- preguntó.

-¿Sabés que pasa? Me hinché las pelotas de que me tildaran de grasa los boludos de los intelectuales- contestó con honestidad.

-¿Pero a quiénes se refiere con ellos? - insistí en mi afán de buscar un buen título para la nota.

-A estos, a los intelectuales, a estos que viven de las ideas, en lugar de buscarse un laburo digno -insistió levantando un poco la voz.

-Bueno, pero usted también es un intelectual. ¿O acaso no vive de sus ideas?- le pregunté.

-Ah ¿sos pistola vos? -se exaltó.

-No, para nada. Es que realmente no comprendo hacia quién va dirigido su enojo.

-Ah ¿no entendés? ¿Sos pistola vos? - su insistencia con la metáfora del arma de fuego me recordó aquel incidente que Vijonte tuvo años atrás con un colega, por lo que decidí terminar la entrevista antes de tiempo.

Mientras iba saliendo de la casa escuchaba como su esposa trataba de calmarlo mientras Vijonte seguía gritando "son pistola, son todos pistola, manga de putos".

Mariano QUINTERO

reemplazar el papel secante.

Después de un largo vagabundeo y una serie de preguntas al azar, supe que había tres buques a punto de zarpar para un viaje de tres años. Subí a bordo del Pequod, le eché una mirada y resolví que ésa era la nave para nosotros. Era una nave de construcción antigua, más bien pequeña, con el aire de uno de esos muebles anticuados con patas como garras. Estacionado por el tiempo y curtido por los tifones y las calmas de los cuatro océanos, el material de su viejo casco se había oscurecido como la piel de un granadero francés que hubiese luchado en Egipto y en Siberia. Su venerable proa parecía barbada.

Conocimos al capitán del Pequod varios días después de zarpar. Un hombre misterioso, de apellido Ahab con una pierna de madera en reemplazo de aquella que le había arrebatao el demonio que, sin saberlo, empezábamos a perseguir. La obsesión del capitán Ahab nos enfrentaría a un destino trágico. Empezábamos a tomar partido en el duelo entre el espíritu poseído por la venganza del capitán Ahab y la bestia indómita de los mares, Moby Dick, la carpa blanca.

Traducción: Roberto GÁRRIZ

Año III - Agosto 2008 - Número 25
Muestra gratis

web: www.odradek.com.ar
blog: www.odradek-odradek.blogspot.com
correo: domiciliodesconocido@odradek.com.ar

-Bueno, ¿cómo te llamas?

-Odradek- dice él.

-¿Y dónde vives?

-Domicilio desconocido - dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.

Franz Kafka

La carpa ODRADEK

¡Kafka al gobierno, Kierkegaard al poder!

Es increíble el arte de los medios que, siempre al medio, configuran como quieren la realidad. Según ellos la carpa ODRADEK no existió; sin esta nota nadie en el futuro conocería la verdad.

La noche de la instalación, noche de niebla y humo, pasó desapercibida por su color negro y el tamaño reducido. Pero durante el día siguiente la difusión del volumen que contiene *In vino verita* y la repetición y el nombre de su autor, Kierkegaard, fueron materia de conjeturas. ¿Les insinuábamos que eran borrachos, que siempre repetían lo mismo?.

La segunda noche dos gauchitos de la carpa verde, que era blanca, se dieron a conocer como hermanos gemelos: uno era Tristán, el hilarante, y el otro Hilario, el triste. Sin muchas vueltas atacaron a nuestros candidatos y también a ODRADEK: dijeron que nada de eso existía, que era una provocación cifrada en la multiplicación de la letra K. Una sutileza; la gente de campo tiene la costumbre de seguir rastros en la gramilla.

Nuestra respuesta fue irónica: ¡Así que descongelaron al Disney para que haga una de niños con el torito Alfredo, antes de que se desinflé?

Gente de campo al fin, amenazaron con los cuchillos que -me parece- en una de esas ni sabían usar. Bravatas literarias, al estilo de "aquí me pongo a cantar" o "con permiso voy a dentrar aunque no soy convidau".

Tristán estalló en su risa hilarante, Hilario dejó rodar una lágrima por la llanura de su cara ("rostro" dijo un paisano, lector de Rubén Darío).

Torino Sport

infernal, en edición numerada y firmada por el autor.

Bastaron dos copitas al hilo y el dictado preciso de las citas bibliográficas para que Betty hilvanara los vaivenes editoriales con una narración de los días de campamento junto a Alcides y la infructuosa construcción de una canaleta nunca terminada. Como correspondía, la primavera había traído a Alcides a la Sala de Lectura y con él las bolsas de dormir, dos ollitas, el comedor estructural que podía usarse de alero y un Torino Sport en el que cabía todo y un poco más.

Por un segundo pensé en la mirada vacía de Betty, asomada a la ventana para

Kafka al gobierno, Kierkegaard al poder -dijimos- no es un chiste, somos gente de honor y tampoco nos falta coraje y nos sobran razones.

"Ta'bueno", estalló Tristán. "Estamos con la paz", dijo Hilario con tristeza. "Que al salir salga cortado", agregó uno de los nuestros, para estar a tono. Nadie le respondió.

Pero otros, que seguían la disputa, se presentaron como militantes K., de otra carpa blanca como la verde (que era blanca) y dijeron que esa burla venía de algún lado. Un apresurado agregó: "Del lado de la sombra, compañero". Y de manera inesperada, insólita, los de la carpa verde (que era blanca) y los de la carpa blanca (también blanca) dijeron que la carpa ODRADEK y los candidatos eran una provocación. "¿De quién?". Basta ver la carpa negra, dijo uno, típico de los Servicios. Y empezaron una discusión. Gritaron que en pocas horas teníamos que dejar el predio sagrado y que basta de chistes con Disney, el torito y la letra K.

Ahora estamos instalados en el sótano de la casa de los padres de un amigo, en un espacio que es como una caja de zapatos, seguros de que el aire de los tiempos no logrará hacernos afirmar tonterías de personas que al amontonarse parecen normales. Y es verdad, son la norma que cuando llega a conclusiones criminales ya tiene escrito el arrepentimiento. "La única verdad no es la realidad", había dicho con tristeza Hilario. Antes de que Tristán se mandara su risotada, uno de los nuestros replicó: "La única verdad es que Disney se iba a presentar aquí disfrazado de Aristóteles porque sabe lo profundo que caló su obra en estos arrabales". Lástima, lo volvieron a congelar cuando se desinfló el torito Alfredo.

Germán GARCIA

presenciar el acto diario de exuberancia masculina con que el referencista ubicaba su Taunus en el espacio reservado para empleados. Pero la promesa de precisiones que me hizo detener la caligrafía durante un rato se disolvió con el final de la botella y la mirada incrédula de Betty, que sacó del último anaquel un volumen maltratado y lo separó para la reencuadernación. Apenas alcanzó a murmurar que se habían perdido algunas páginas y que había que ver si valía la pena y que el mercado de las carpas usadas rendía muy poco, sobre todo por la época en que Alcides vendió el auto y compró la individual de alta montaña y un solo par de guantes forrados en corderito.

María Martha GIGENA